LA HERIDA OCAÑA

"Aunque nos extraviemos, los lunáticos nos hermanaremos
in the dark side of the moon."

Imagino que la publicación de las *Confesiones de un filósofo desaparecido en combate* de Enrique Ocaña (Pre-Textos, 2018) debe de haber pillado a la filosofía española contemporánea con el paso cambiado; digo esto no tanto por la reaparición pública de quien, en los años noventa y rondando la treintena, se había revelado como una de las mentes filosóficas más radicales y prolíficas del país gracias a sus extraordinarias reflexiones sobre el dolor, el sufrimiento y la obra de Ernst Jünger, cuanto por el género escogido en el retorno: la "Confesión", los temas sobre los que gira: la locura, las drogas y la muerte, y el sujeto que se disecciona en público: el propio autor.

Las *Confesiones* contienen tres partes de desigual peso; la primera, "De perdidos al río. Un filósofo politoxicómano y bipolar" ocupa casi la totalidad del libro, dejando a modo de epílogos una "Fenomenología del mal viaje" y un "Manifiesto". Especie notabilísima de "Libro-caja", diario y autobiografía, cuaderno de bitácora de sueños, delirios psiquenáuticos, notas filosóficas y trabajo del duelo. El montaje combina un exquisito lenguaje culto con otro popular, multiplica y dispersa las personas de la narración -el yo, el tú, el nosotros...-, acelera y ralentiza los ritmos, interpola fichas médicas en aquellas reflexiones filosóficas, en esos sueños, en estas memorias.

No son solo dos muertes las que tensan el arco de la parte principal de las *Confesiones,*-la del padre del autor, acaecida cuando este tenía 17 años, y la de su amigo el poeta Miguel Ángel Velasco en octubre del 2010-; muchas drogas, sobre todo una adicción a los opiáceos, algunos internamientos en servicios de psiquatría durante fases hipomaníacas, intentos de suicidio... acaban ahogando los abundantes gestos de humor que salpican un relato de poso nihilista -quizá a su pesar-, una historia de ascenso y caida que deviene una especie de *Ecce Homo* especular en el que se diera respuesta a ciertas preguntas espinosas..."¿Por qué no he escrito más buenos libros?, ¿Por qué dejé de ser el más sabio? ¿Por qué me hice adicto a la heroína?...

Aunque el autor reniega de las *Confesiones* de San Agustín, - "mis confesiones no son agustinianas"-, vinculándose -más allá del título homenajeado- a las *Confesiones de un inglés comedor de opio* de Thomas de Quincey y al desnudamiento de corazón baudelaireano, no está muy claro que pueda escapar de las exigencias perlocucionarias del acto de la confesión, ni que, como género literario, eluda cierto *habitus* agustiniano: el que habla es una suerte de retornado o renacido -muy claro en la entrevista que le hace J.C. Usó-.

La *Confesión* es el género de la unidad recuperada tras tiempos de disgregación. Pero la Confesión pública, católica y escrita para el mundo acentúa un aspecto inquietante de aquella: a la vez que el sujeto que se anhela unitario se distancia de su pasado, con ese mismo gesto lo exhibe de forma que no pueda despegarse de él: se aleja de él aproximándoselo a la cara a todo el mundo, a él incluido. Es una primera ambigüedad en el texto y una ligera sospecha. Como si la confesión fuese otro intento de sajar las heridas, de reconstruir lo disperso, de arreglar lo roto en el alma por una exhibición expiatoria de los propios muñones al público. O peor aun: otro ejercicio de autolisis del que se espere que lleve al reingreso en la comunidad, expiada la dudosa culpa -de haber nacido-.

Sin embargo, no parece claro que estén los tiempos para confesiones. El año en que Enrique Ocaña se casa en el bello palacete valenciano de Monforte con los bolsillos llenos de papelinas, José María Aznar gana las elecciones en España con mayoría absoluta. El Telón de Acero se había levantado definitivamente y se imponía sobre el mundo occidental una impresión más que nihilista de "fin de la historia" en el que la caída de las Torres Gemelas actuaría de punto de inflexión. El neoliberalismo devoraba el planeta mientras Ocaña montaba -y vaciaba- pollos enfarlopado en los burdeles valencianos: nada de esto se puede leer en el libro, de un autismo sociológico muy significativo tras décadas de narcisismo individualista burgués y cataratas de libros de autoayuda.

Ambiguo y bipolar texto: Ilustrado, por querer saber quizá más de la cuenta y romántico por aprendiz de brujo y amante de los abismos, "*De perdidos al río*" es depresivo y el *"Manifiesto"* es maníaco*,* como si en un mismo cuerpo anduvieran peleándose *sans trêve et sans merci* Voltaire y

Hölderlin. Ambigüedad y bipolaridad de un "Yo" que no elude su autoridad kantiana: "No acuso a nadie de mi condición. Yo mismo me he labrado mi propio destino.", pero que no deja un exceso sin su enfermedad correspondiente: la inclusión destacada en el libro del caso del minero Phinneas Gage, cuya personalidad "moral" se trastocó tras una célebre perforación cerebral, y la misma insistencia en su propia bipolaridad *como enfermedad* desdicen tal afirmación de soberanía subjetiva y describen una heteronomía *ex ovo* inevitable.

Hay también ambigüedad en ese orgullo por no haber sido el hombre que no quiso ser, -profesor de facultad, funcionario del Estado, padre de familia hipotecado-, porque habla con pesar de aquello en lo que se convirtió: un yonqui. Se ve orgullo en esa encarnación de la filosofía propia de antiguos cínicos, en ese rechazo de una "filosofía sin experiencia", y, con la misma intensidad, atendemos al relato del "derrumbe psicofísico, moral y económico" de un filósofo incompatible con la alegría de un Crates que se rascaba las llagas frotándose contra los muros del Pireo. Asume con Aristóteles -para este viaje no hacían falta tantas alforjas- que la buena vida es la vida equilibrada y que el exceso no es sano ingrediente de ella, pero todos sus escritos cardinales de los años noventa lo fueron entre excesos fecundos, intensos placeres y amistades sólidas.

Es posible que la herida Ocaña no cicatrice tras el acto de la confesión, ni siquiera con la penitencia intrínseca de haberse tirado a la desesperada al río de la exhibición de las propias miserias, ni siquiera con la llamada eufórica " a filas a todos los filósofos desaparecidos en combate y a los no desaparecidos para que formemos un batallón y reivindiquemos una concepción de la filosofía que se enfrente al Poder (...)". En el final de *Más allá de la línea*, su primera traducción de Jünger, resuenan palabras de las que Enrique Ocaña no puede desprenderse: "El propio pecho: esto es, como antiguamente en la Tebaida, el centro del mundo de los desiertos y de las ruinas. Aquí está la caverna ante la que se agolpan los demonios.". Esto será así más allá de cualquier coyuntura histórica, ciertamente: la pregunta de Camus sobre el suicidio ha de pasar alguna vez por toda alma humana. Sin embargo, aunque somos nosotros quienes decidimos respirar, también depende de nosotros airear el ambiente miasmático.

Las *Confesiones...*hacen, en ese respecto, una excepción en su general autismo sociológico o histórico tratando el asunto de la despenalización de las drogas. La herida Ocaña seguirá sangrando en tanto que dure esta absurda "guerra" contra la droga que tantos muertos, enfermos, mafias, arruinados, traficantes y gángsters ha dejado en el mundo; en muchos Estados del *Imperio* que la inició -los EEUU- la despenalización del cannabis es ya un hecho consumado y el proceso parece ya una cuestión de tiempo y de formas.

Pero más allá del tema de la despenalización, me pregunto si no habría que gritar por otras cosas que las *Confesiones* apenas rozan, como el absurdo de una Universidad que durante años permitió que la mente más genial -¡y productiva!-de la filosofía española en aquellos años anduviera buscándose la vida como interino de enseñanza secundaria en pueblos de Alicante. O el peso que la sociedad deja caer sobre el adolescente de una familia cuyo sostén económico debe asumir por la muerte del padre, y que ha de ver a su madre vender las joyas para pagar las facturas y seguir tirando mes tras mes.

Imagino que algún día se publicarán juntos el *Dionisos moderno* (Ocaña, E., Anagrama, 1993) y las *Confesiones* del 2018, como debe ser. Quien esto escribe preferiría que el orden de presentación en el volumen fuera el inverso al cronológico, no por una inexistente afición a los *finales felices,* sino para seguir pensando que la esperanza nos viene de los desesperados y que todavía podremos excedernos, arriesgarnos más allá de la línea, y salir más sabios de tales ritos de paso. También me conformaría con un tercer volumen extático que diera que pensar a futuros dialécticos. Sea como sea, en esa llamada a filas contra el Poder, uno siempre ocupa un lugar dentro de un comité invisible.

Sergio Braulio Véliz Rodríguez